

LA INVESTIGACIÓN ETNOGRÁFICA EN UN PROYECTO DE INTERVENCIÓN SOCIAL¹

THE RESEARCH ETHNOGRAPHIC IN A PROJECT OF SOCIAL INTERVENTION

Teodomiro Palomino Meneses

RESUMEN

Cuando la antropología despliega capacidades académicas y profesionales para captar y atender demandas de las colectividades humanas, significa que asume su campo de competencia con un énfasis en la dimensión aplicada de su unidad científica. En esta (“Otra”) manera de expresar su razón de ser, la interpelación ejercida por la técnica es directa y los medios de los que más se sirve son los proyectos de intervención social. La información y las reflexiones presentadas en este texto giran, precisamente, alrededor de uno de estos proyectos. Se destaca en él; una característica que, en el contexto de una comparación general, es casi de su exclusividad: tener un proceso cuyo eje es la investigación etnográfica.

Palabras clave: *Antropología aplicada. Afirmación cultural. Proyecto de intervención. Investigación etnográfica.*

ABSTRACT

When anthropology shows its academic and professional capacities to attract and responde to the demands of human communities, it means that it assumes its field of competence with emphasis on the applied dimension of its science. In this other way of expressing its reason to exist, the questioning imposed by this technique is direct, and the means it mainly uses are projects of social intervention. The information and reflections presented in this text draw on, precisely; one of these projects. It emphasizes a characteristic that, in the contexto of a general comparison, is almost its own: a process whose axis is ethnographic research.

Keywords: *Applied anthropology. Cultural affirmation, a project of intervention, Ethnographic research.*

¹ Tema expuesto en el *Seminario Internacional sobre Antropología Aplicada*, realizado en Lima-Perú por el Colegio Profesional de Antropólogos del Perú, el 6 y 7 de setiembre del año 2013.

I. INTRODUCCIÓN

El interés por los proyectos de intervención social crece cada vez más en el país desde que las ciencias sociales, especialmente la antropología, dan muestras de que asumen y comparten la idea de que, en sus respectivos campos de competencia, la tarea que tienen no es sólo la de explicar e interpretar situaciones, sino también, y a la vez, la de contribuir a que cambien, y en una perspectiva donde el compromiso es irrenunciable.

En la continuidad que mantienen, no exenta de fluctuaciones, los proyectos de intervención social han configurado sucesivas áreas de competencia con identificaciones que tratan de evitar la mención de sus rasgos aplicados con exaltadas expresiones en favor del término y el concepto de desarrollo.

Detrás de este hecho, aparentemente simple, hay importantes aspectos cognitivos y epistémicos que deberían haber sido ya detectados y esclarecidos por las ciencias a las que compromete. Son aspectos, en los que el carácter aplicado, que en un comienzo era atribuido sólo a la antropología —motivo porque se la catalogaba de “ingeniera social”—, ha llegado ahora a inquietar al conjunto de las ciencias sociales, y de manera paradójica si se considera la avidez que muestran algunas de ellas por hacerse de métodos cada vez más cualitativos con el supuesto de que la etnografía de procedencia antropológica no les es suficiente.

El proyecto de intervención social tomado como caso², es uno que está orientado a la afirmación cultural de grupos humanos asentados en una microrregión alto-andina (puneña o altiplánica) del norte del departamento de Ayacucho, en el Perú, y que se ejecuta desde 1998. La parte tratada corresponde exclusivamente a su fase de despegue, que concluyó el año 2007, luego de nueve años de ejecución.

El proceso seguido por el proyecto se presta para ir en contra de quienes le atribuyen una imagen fracturada a las ciencias sociales, y más reiteradamente a la antropología, con una parte básica y teórica, solvente en sí misma y magnificada, y una parte aplicada y práctica, asumida casi a ocultas y disminuida, y con investigaciones de valor interpretativo y explicativo que, por encontrar todo lo importante

2 Cuya fácil identificación se analizará eventualmente.

en la primera, no requiere de la segunda más que el aprovisionamiento de datos.

Los hechos que pone en evidencia permiten poner en cuestión esta manera, casi prototípica, de concebir el quehacer científico. Del conjunto de ellos, se extraen los de mayor significación y los que, no dan tregua a la reflexión.

II. LOS ESCENARIOS MICRORREGIONAL Y REGIONAL

A diferencia de la gran mayoría de los proyectos de intervención que se realizan en el país, el que es tomado como caso presenta una importante particularidad: tener dos escenarios o ámbitos de ejecución, uno inmediato y otro mediato, y dentro del departamento de Ayacucho. El escenario inmediato es la microrregión Vinchos-Paras-Chuschi y el mediato, la sub-región conocida como “el norte de Ayacucho” o “el norte ayacuchano”. La microrregión Vinchos-Paras-Chuschi³ es un espacio geoeconómico en el que confluyen el distrito de Vinchos, de la provincia de Huamanga, y Paras y Chuschi, de la provincia de Cangallo.

Por las limitaciones del medio ambiente, las unidades domésticas de la microrregión no tienen una agricultura capaz de hacerlas autosuficientes en cada ciclo anual de vida. Esta situación hace que una parte de sus miembros, adultos, jóvenes y casi exclusivamente masculinos, se desplace (viaje) en determinados períodos del año por el norte ayacuchano y con el propósito de obtener los productos alimenticios que, a pesar de que son parte de una dieta tradicionalmente mantenida, no son producidos internamente o son producidos deficitariamente. Para la obtención de los productos que requieren, y durante el desplazamiento, los viajeros proceden a intercambiarlos por los excedentes y los productos artesanales que llevan o a recibirlos en retribución por los servicios de transporte que brindan con la piara de llamas que conducen o por la fuerza de trabajo que directamente ofrecen. Estos desplazamientos que las unidades domésticas de la microrregión realizan periódicamente por el norte de Ayacucho, y

3 En adelante, la referencia a esta microrregión, escenario o espacio de ejecución inmediato del proyecto será hecha eventualmente con el término “microrregión”.



Llamas cargueras compiten, convenientemente ataviadas, en un festival de la microrregión.



Los antropólogos Carlos Iván Degregori y Teodomir Palomino discuten asuntos del proyecto con los líderes y promotores alto andinos.

para la complementación económica, son más conocidos con el término *runa simi* (quechua) *qichwariy*; que traducido al castellano quiere decir “ir a la *qichwa*”, expresión en la que “*qichwa*” hace referencia a esa región natural que, por su clima templado, es pródiga para la producción de maíz y trigo.

¿Por qué el escenario inmediato elegido para el proyecto es una microrregión y no otra unidad social de menor alcance, como la comunidad, o mayor alcance, como la subregión? Para la respuesta no hay más que un hecho: el que un pueblo de reciente creación, Rumichaka II⁴ sea la sede de una feria semanal, a la que concurren las unidades domésticas del tramo alto-andino (*suní* y *sallqa*) de la cuenca del río de Apacheta, y traten de configurar y cerrar alrededor de él un circuito económico inter-local basado en la crianza de alpacas, principalmente⁵.

Para la población alto-andina comprometida por el proyecto, la palabra “microrregión” es obviamente nueva y casi totalmente desconocida, pero cuando la utilizan en lo más próximo de lo que denota y connota, es captada como una porción de la *sallqa*⁶ que les sirve de escenario propio, con la indicación de que es allí donde definen sus condiciones de vida, de manera directa, sin intermediaciones. Cuando se entra

4 Rumichaka II es un pueblo alto-andino (*sallqa*) dividido por el río Apacheta, ubicado entre las comunidades de Occollo-Azabrán, del distrito de Vinchos, provincia de Huamanga, y la comunidad de Chuschi, en el distrito del mismo nombre, provincia de Cangallo. Por el río que lo divide, la margen izquierda, que viene a ser un sector (barrio) de la primera comunidad, es la sede de la feria semanal y, además del centro poblado menor de Occollo. La numeración “II” que tiene como complemento del nombre se debe a que hay otro pueblo con el mismo nombre y que está ubicado en el espacio alto-andino del departamento de Huancavelica.

5 Lo que Rumichaka II pone en evidencia, y desde hace tres décadas, es la tendencia a desencadenar a partir de la crianza de alpacas un ciclo económico de proyección micro-regional, con actividades de post-producción y con valores agregados antes no existentes. Lo que los concurrentes a la feria semanal avizoran, y por la cada vez mayor presencia del mercado, es que la producción que mantienen sus unidades domésticas, reducida a la carne y la fibra de alpaca (carne primero fibra después), pueda ser ampliada y diversificada con incursiones en la transformación artesanal, en el comercio asociativo y otras innovaciones.

6 Palabra *runa simi* que en su traducción al castellano es puna, espacio alto-andino o espacio de alta montaña. En las publicaciones de los andinistas vinculados al movimiento ecologista encabezado por la ONG PRATEC, la palabra *sallqa* es tomada como naturaleza, una connotación que no ha sido captada en la microrregión Vinchos-Paras-Chuschi.

en diálogo con ellos sobre la identidad que tienen o les atribuyen, admiten que son diferenciados y categorizados, más que por cualquier otro criterio, por el espacio territorial que ocupan: la *sallqa*, y que es ésta la razón de por qué les dicen “*sallqarunakuna*” (“hombres de la puna”), aunque no dejan de indicar también que prefieren ser mercedores de otra expresión exenta de desvalorización y menosprecio.

En la microrregión Vinchos-Paras-Chuschi existen veintiocho localidades altoandinas. Este universo social tiende a disminuir con los nuevos espacios supra-locales que vienen siendo configurados en las cuencas hidrográficas adyacentes, y conforme se intensifica la construcción de carreteras. Con las nuevas redes viales aparecen las ferias, y cuando éstas, después de haber sido mensuales y quincenales, pasan a ser semanales, significa que se están formando nuevos circuitos económicos inter-locales, por tanto, nuevos espacios geoeconómicos de dimensión micro-regional, en los que la población, para emitir y dar curso a sus demandas y ser atendidas construyen nuevos lugares y nuevas identidades.

De las explicaciones que hace Murra sobre el control vertical de un máximo de pisos ecológicos, Mayer deduce que en el área andina hay “por lo menos tres niveles diferentes de organización social, todos ellos claramente contenidos uno en el otro, pero conceptual y prácticamente distintos” (1989: 18 y 19): el que corresponde a la unidad doméstica campesina, en un primer nivel; el que corresponde a “grupo de unidades domésticas, ubicado en un determinado lugar y haciendo uso de un conjunto de recursos”, en un segundo nivel; y, el que corresponde a “unidades más amplias, capaces de movilizar tanto a los grupos locales como a unidades domésticas individuales”, en un tercer nivel. Mayer precisa, además, que “Murra llama a estas últimas, grupos étnicos o señoríos”.

De los tres niveles de organización social remarcados por Mayer, en la microrregión existen solo los dos primeros: dentro de las unidades domésticas, el primero, y dentro de los sectores, las estancias (*hatus*), las localidades y las comunidades, el segundo. El que ya no existe, como al parecer es en casi toda el área andina, es el tercer nivel, el de los grupos étnicos

o señoríos. Sólo las comunidades más antiguas y que han logrado mantener pluri-localmente el control de un vasto territorio de proyección vertical muestran algo de lo que la etnohistoria ha dado a conocer de esos antiguos señoríos. La comunidad de Quispillaccta, con sus trece barrios —territorialmente más extensas y social y políticamente más significativas que muchas de las actuales comunidades campesinas reconocidas que tiene el país—, puede estar aguardando valiosas muestras de lo que pudieron haber sido tales señoríos.

En la microrregión, los niveles de organización social aparecen como instancias que definen diferencialmente las condiciones de reproducción y transformación de las unidades sociales que involucran, a la vez de permitirles configurar como suyas un determinado territorio y una determinada identidad, y a través de dos tipos de interacciones: horizontales y verticales. Estas interacciones, en las que prevalece el criterio de sentido u orientación, se asemejan a las dos expresiones del dualismo que encontró Juan Ossio en la comunidad de Andamarca: dualismo diamétrico y dualismo concéntrico (1992: 206-209).

En las políticas y medidas de cambio social deliberado y planificado que, de cuando en cuando, se adoptan para las unidades sociales altoandinas del país se toma en consideración solo las interacciones verticales y concéntricas y no las interacciones horizontales y diamétricas. Quiere decir, entonces, que se desconoce: primero, que entre ambas interacciones, que se dan simultáneamente, existe una mutua relación de complementación u oposición; y, segundo, que ambas son necesarias para la reproducción y transformación de sus unidades sociales. Las interacciones verticales acentúan lo económico, principalmente a través de los intercambios no monetarios (trueque) y monetarios (comercio), y las interacciones horizontales, lo social y lo cultural; estas últimas son las que más caminos y espacios abren para las alianzas matrimoniales y la particularización y confrontación de las costumbres y las identidades.

III. UN PROYECTO COMO PROCESO DE INTERVENCIÓN SOCIAL

En el campo de la antropología aplicada⁷ se atribuye la categoría de actores a los que producen el cambio social, sea este simple o deliberado y planificado. Por teoría social contemporánea⁸, se sabe que, en la perspectiva del cambio social deliberado y planificado, los actores tienen la posibilidad de convertirse en agentes cuando a la capacidad de obrar que poseen le adhieren la de crear condiciones para que el cambio se produzca⁹. Por la misma fuente se sabe también que los agentes pueden ser de tres tipos: institucionales, colectivos (grupales) e individuales.

En el proyecto, los agentes institucionales fueron dos organismos no gubernamentales (ONG), uno internacional¹⁰, encargado del apoyo económico y de la supervisión y evaluación externa¹¹, y otro, nacional¹², encargado de la planificación, dirección y ejecución y de la supervisión y evaluación interna (gestión). Entre los años 2003 y 2004, surgen dentro del mismo proyecto, dos organizaciones representativas: *Aswan Allin Paqu Uywaqkuna* (Los Mejores Criadores de Alpacas, APU, después conocida como Asociación de Criadores de Alpacas de la Cuenca del río Cachi) y el Consejo de Pueblos Criadores de Camélidos del Norte de Ayacucho (COPUCNA), la primera de alcan-

7 Para Bastide, "ciencia teórica de la práctica" (1971: 163)

8 Archer 1998; Giddens 2001; Cohen, 1996; Bourdieu 1999; Ritzer 1993.

9 Los que tienen capacidad de agencia. Según Margare S. Archer: "No hay en castellano un equivalente para el uso que en inglés se dio el término *agency* en el estudio de la acción social. En ese contexto, *agency* se emplea para indicar la capacidad de obrar que sería propia de los seres humanos, que no se limitan a sufrir o realizar las leyes de estructura del sistema (biológico o social), sino actúan como sujetos agentes, es decir, con la propiedad de obrar deliberadamente. Para evitar cada vez largas perifrasis, preferimos hecha la aclaración del sentido que tiene en esta obra, traducir literalmente el vocablo inglés por <<agencia>>" (1998: 9, pie de página).

10 OXFAM América.

11 En el campo de la intervención o promoción social a agentes institucionales como éste, se le conoce más como "fuente cooperante".

12 Asociación para la Promoción del Desarrollo (PRODES).

ce microrregional y la segunda de alcance regional. Estas dos organizaciones representativas, con una membresía conformada exclusivamente por criadores de alpacas, se encargaron de dar continuidad a la ejecución del proyecto en sus respectivos ámbitos, a partir del año 2007 y como dos nuevos agentes institucionales.

En cuanto a los agentes colectivos se debe señalar que fueron los equipos de trabajo conformados con criterios de polivalencia para la gestión del proyecto, uno para la gestión general y tres para la gestión específica de cada una de las líneas de trabajo (investigación, intervención y socialización); el primero conformado solo por profesionales y los dos siguientes, por profesionales, técnicos y promotores, estos últimos mayoritariamente campesinos. Valiosos agentes colectivos fueron también las mismas unidades sociales de la microrregión, especialmente las localidades y los barrios (sectores), desde el momento en que empezaron a programar y ejecutar, por iniciativa y/o mandato de sus autoridades y líderes, actividades colectivas encaminadas a la solución de problemas particulares. En las localidades y en los barrios, cumplieron también la función de agentes colectivos los grupos conformados para la realización de los encuentros de inter-aprendizaje y las reuniones de reflexión.

Para dar referencia sobre los agentes individuales del proyecto se apela nuevamente a la teoría social contemporánea. Según esta teoría, los agentes, además de actores, son los que evidencian tener “capacidad de introducir cambios en el mundo social” (Ritzer 1993: 994)¹³. ¿A quiénes mencionar, entonces? En primer lugar, al personal contratado por el proyecto, desde su director ejecutivo hasta los promotores campesinos, y entre ellos a los profesionales (antropólogos, sociólogos, trabajadores sociales, ingenieros agrónomos, ingenieros zootecnistas, médicos veterinarios, comunicadores y profesores), técnicos de mando medio (de formación agropecuaria) y los promotores (campesinos). En segundo lugar, a las autoridades y los líderes de las unidades sociales de la microrregión, y, de modo especial, a los responsables de dirigir y coordinar los grupos locales y sectoriales (barriales) de inter-aprendizaje y reflexión.

13 “Es más, los agentes no tienen sentido alguno si carecen de esa capacidad; es decir un actor deja de ser un agente si pierde la capacidad de introducir cambios” (Ritzer 1993: 494).

Y, en tercer lugar, a los practicantes acogidos por el proyecto, procedentes de las universidades y de los institutos tecnológicos.

Desde el momento en que hubo anuencia para la presentación de la propuesta del proyecto, se conocía que este tenía que estar de todas maneras orientado a la afirmación cultural andina; aunque sin una determinación de la unidad social a ser tomado como ámbito de ejecución. Se conocía también que, teniendo que ser casi una prueba, no debería sobrepasar un período anual; y, que, de ser evaluado favorablemente, podría tener ampliaciones por iguales espacios de tiempo. En consecuencia, dos aspectos fundamentales tenían que ser resueltos para que empezara, y sin mayor dilación: el ámbito de ejecución y el diseño estratégico y metodológico.

El hecho de que los integrantes del equipo de profesionales que elaboró la propuesta del proyecto provinieran del departamento de Ayacucho hizo que se tomara la determinación de que sea este el espacio geopolítico donde tendría que ubicarse el ámbito de trabajo. Luego de algunas de algunas consultas y discusiones, se tomó la decisión de que el ámbito de trabajo fuese la microrregión alto-andina (*sallqa*) Vinchos-Paras-Chuschi. En la elección gravitó el que estuviera ocupada por una población humana al que los “vecinos notables de la señorial ciudad de Huamanga” consideraban, y respecto a ellos mismos, los “Otros”, cultural y étnicamente, y llamándolos “sallqas” (“puneños”), “chutos” (“ordinarios”, “toscos”), “llameros” (“viajeros con llamas”), entre otras expresiones cargadas de menosprecio.

La elección del escenario inmediato fue, desde un comienzo, motivo de controversia. Los consultores externos contratados por la fuente cooperante coincidían en señalar, uno tras otro, que había sido un desacierto. Según ellos, mostraba una realidad social económicamente muy deprimida, que como situación no era aquella a la que las posibilidades de cambio del proyecto estaban destinadas, además de que sus problemas las sobrepasaran largamente. Al ubicar el escenario inmediato en la perspectiva de la afirmación cultural de sus habitantes, señalaban que las probabilidades eran sumamente remotas, por estimar que las costumbres allí encontradas eran opacas y poco espectaculares, comparadas con las de otros pueblos del área andina, como por ejemplo los

del valle del Mantaro (Junín) o los del valle del Colca (Arequipa).

Con las “observaciones” y “recomendaciones” que dejaban los consultores externos luego de las “evaluaciones de proceso” hechas por disposición de la fuente cooperante, la comunidad ejecutora del proyecto puede haber optado no solo por cambiar el ámbito de ejecución inmediata, sino por pedir, y de manera drástica, la cancelación de todo el compromiso adquirido. En un comienzo, las condiciones eran más para la retracción que para el avance: primero, por carencia de experiencias similares que los ayudara a no partir de un “punto cero” para cualquier iniciativa y, segundo, por los vacíos y desajustes aún no subsanados que presentaba el diseño estratégico y metodológico del mismo proyecto, que era aún una propuesta.

La demora en la formulación del diseño estratégico y metodológico se debió a un conjunto de factores, en el que debe ser mencionado uno que se mostró en un comienzo más desconcertante por falta de antecedentes y por carencias e imprecisiones en la capacidad de respuesta. Ese factor fue la falta de procedimientos específicos que, en lo teórico y lo práctico, concordaran con la concepción general de la propuesta del proyecto, cuyo eje era la conciliación entre la afirmación cultural y la intervención social. Y no podía haber sido menos si en la misma teoría social moderna conciliaciones como las que tienen que darse entre la cultura y la agencia (capacidad humana de obrar) siguen apareciendo entre sus “dilemas centrales”; o, dicho de otra manera, siguen siendo el “test del ácido” al que tiene que someterse (Archer 1998: 9 y 10).

Por las elaboraciones teóricas de la antropología aplicada se entiende que la expresión “intervención social” hace referencia a ese campo del quehacer humano en el que los esfuerzos, tanto mentales como físicos, se condensan para confluír en los procesos de cambio social deliberado y planificado. Por esas mismas elaboraciones teóricas se conoce también que el cambio social deliberado y planificado se diferencia de aquel al que se llama “cambio social simple” y que acontece en una formación social por impulso de su propia dinámica (Bastide 1971; Pereira 2007).

Desde mediados del siglo pasado el cambio social deliberado y planificado, al ser incorporado en el

manejo político de los países económicamente “atrasados” por parte de los que en la misma línea de consideración admiten ser “avanzados”, es el núcleo de ese concepto hoy conocido mundialmente como “desarrollo”.

Del concepto de desarrollo, y de lo que a partir de él se tiene como teoría son ahora tributarias todas las ciencias sociales; en un comienzo era sólo la antropología. En la antropología, ahora, copa casi todos sus confines, a pesar de que su parte “aplicada”, como objeto de estudio, ha sido reducida sólo a los aspectos prácticos de su proceso, y a través de asignaturas que, al incluir en el nombre la palabra “desarrollo”, eufemísticamente, han hecho desaparecer la palabra “aplicada”. Hasta el momento, nadie ha planteado si esta reducción temática —o, dicho de otro modo, este giro epistemológico— experimentado por la antropología aplicada es o no una manera de superar lo que para Arturo Escobar es una “dicotomía estéril entre una antropología para el desarrollo —antropología aplicada al servicio de las agencias del desarrollo— y una antropología del desarrollo —definida como el análisis crítico del aparato del desarrollo como práctica cultural—” (1999: 26).

Con una directa incorporación del concepto de desarrollo en la concepción del proyecto, las interrogantes que aparecieron durante el reajuste del diseño estratégico y metodológico terminaron siendo básicamente estas dos: ¿se puede afirmar mediante el desarrollo una cultura que se muestra históricamente permisiva con la pobreza extrema de sus portadores? y ¿es posible emprender procesos de desarrollo en unidades sociales de pobreza económica extrema y donde la cultura no hace más que expresar y justificar, en su continuidad, esta situación? La necesidad de dar respuestas medianamente razonadas a estas dos interrogantes obligó a que los responsables de reajustar en marcha el diseño estratégico y metodológico del proyecto incursionaran en el estudio de las teorías contemporáneas del desarrollo, y de manera auspiciosa en aquella que para sus autores¹⁴ es el “desarrollo a escala humana”.

El conocimiento de las concepciones del desarrollo centradas en el hombre y su capacidad de crear cultura ha permitido que el reajuste del diseño es-

14 Manfred Max Neef, Antonio Elizalde, Martín Hopenhayn y otros.

tratégico y metodológico del proyecto haya terminado siendo una convincente y alentadora mejora, y esto gracias a que la concepción del desarrollo a escala humana permitió retomar ideas hace tiempo planteadas por la antropología y que por un uso superficial, y muy reiterado, hizo que perdieran valor interpretativo y explicativo. Con ellas, tomadas muchas veces como muy obvias, el proyecto encontró inusitadas proyecciones y entradas.

Valioso fue, por ejemplo, recordar o saber: que el desarrollo se refiere a las personas y no a los objetos; que la calidad de vida depende de las posibilidades que tienen las personas de satisfacer adecuadamente sus necesidades fundamentales; que las necesidades fundamentales son “finitas, pocas y clasificables”, y que “son las mismas en todas las culturas y en todos los períodos históricos”; que lo que cambia, a través del tiempo y de las culturas, es la manera o los medios utilizados para satisfacerlas, vale decir, los satisfactores; que la pobreza económica es una de las que tuvo, tiene y tendrá la condición humana, y que por eso conviene hablar de “pobrezas” y no de “pobreza”; que “cualquier necesidad humana fundamental que no es adecuadamente satisfecha revela pobreza humana”: pobreza de subsistencia, de protección, de afecto, de entendimiento, de identidad, entre muchas otras¹⁵.

Estos argumentos que se prestan más a la lógica interna del proyecto fueron ampliados y enriquecidos con los de la teoría social contemporánea, y más con aquellos que tienen relación con la historia y el contexto. Entre las orientaciones teóricas estudiadas, debatidas y adecuadas a las necesidades del proyecto, ninguna fue más impactante que aquella a la que Ritzer llama “integración acción-estructura”¹⁶. Hecha esta incursión teórica se notó una decidida intención a concebir y procesar el cambio social y cultural implicado en el proyecto como una interacción mutua entre la reproducción y la transformación, y sin que estas dos dimensiones de la condición humana tengan que aparecer separadas, en tanto es el análisis, no la realidad, el que los muestra así. Desde entonces los esfuerzos por no caer en dicotomías y

escisiones en el entendimiento y procesamiento de los procesos sociales se hicieron cada vez más notorios, aunque no fue fácil, como no es hoy, entender la unidad que hay entre “lo objetivo” y “lo subjetivo” o “lo tradicional” y “lo moderno”, por mencionar dos ejemplos. En los esfuerzos realizados resultaron ser muy importantes: los ideas de la relación dialéctica entre *habitus* y campo, la concepción de la práctica como producto de la interacción acción-estructura, los conceptos de capital social y capital simbólico y las ideas sobre los valores que adquieren estos capitales entre los grupos humanos¹⁷, de Bourdieu; la ideas sobre el vínculo entre la acción y la cultura, las explicaciones sobre el uso analítico del dualismo, y en confrontación con la noción de dualidad de Archer.

Del diseño estratégico y metodológico del proyecto pueden ser señalados diversos aspectos. Dos de sus rasgos principales se ofrecen para dar cuenta de la perspectiva que tales aspectos comparten: primero, las líneas de trabajo que impulsaron y enrumbaron su proceso, es decir, la investigación, la promoción y la proyección; y, segundo, la articulación de estos a través del inter-aprendizaje, por la unidad que tenían que mantener y lo sostenibles que tenían que ser.

Fue un diseño estratégico y metodológico de intervención social en donde: la investigación, básicamente etnográfica, busca la comprensión intercultural; la promoción, procura hacer social y técnicamente factibles las posibilidades de cambio, detectadas de manera deliberada y democrática; y, la proyección (socialización), comparte las experiencias, en tanto las condiciones de vida humana demuestren ser homogéneas.

En el caso del proyecto, las líneas de trabajo no encontraron significación en sí mismas, sino en la unidad que en conjunto buscaban encontrar, y, en este sentido fueron las acciones de interaprendizaje, periódicamente programadas y en todos los niveles de organización y decisión social, las que mejores resultados han tenido. Estas acciones educativas, eminentemente dialógicas y reflexivas, hicieron que los logros del proyecto, una vez evaluados y encami-

15 Para mayor información sobre el desarrollo a escala humana, leer Desarrollo a escala humana. Una oportunidad para el futuro, de Mafred Max Neef, Antonio Elizalde, Martín Hopenhayn y otros, y en Serrato, Vladimir, 1999: 67-98.

16 En la que destacan las figuras de Bourdieu, Giddens y Archer.

17 En los últimos tiempos, el capital simbólico tiene el poder de construir una determinada visión del mundo social y de imponerla como algo natural, como también de perpetuar la dominación, haciendo que ésta emerja muchas veces de aquellos que la sufren.

nados en perspectiva integral, hayan llegado a ser duraderos y sostenibles.

IV. LA INVESTIGACIÓN EN LA PERSPECTIVA DEL CAMBIO SOCIAL PLANIFICADO

Cuando se puso en funcionamiento la línea de trabajo de investigación, se le atribuyó, casi a priori, una cualidad que el tiempo se encargó de demostrar que no había sido una mera declaración: atender, desde el plano del conocimiento en general, demandas planteadas por un proyecto de intervención social, cuyo fin era afirmar culturalmente a grupos humanos asentados en una microrregión altoandina (*sallqa*), y caracterizada por la pobreza extrema. En los primeros momentos una intención así planteada se prestó a que sea pensada como algo irrealizable. Y si esto aconteció fue porque no se estaba tomando en consideración el hecho de que iba a estar centralmente involucrada en un proyecto de intervención, condición por la que no iba a requerir de esfuerzos, tiempos, presupuestos u otras exigencias adicionales o especiales.

El establecimiento de la investigación como línea de trabajo del proyecto fue una respuesta a lo que este, reiteradamente, dejaba aflorar como requerimiento y que puede ser resumida en esta afirmación: “investigar lo necesario y lo posible, y en lo mas regular de las condiciones”. Con esta expresión, en apariencia simple, se estaba fijando tarea que consistía en poner en estudio la situación total de la microrregión en un “antes”, “durante” y “después”. Un “antes” para la “evaluación ex ante”, con un informe previo, tomado como “línea de base”, en el que se muestra la situación de la microrregión antes de la ejecución del proyecto; un “durante” para la “evaluación de proceso” (“monitoreo”, “seguimiento”), con un conjunto de informes parciales que dan cuenta de los resultados de igual carácter y que tienden hacia un resultado final (en otros términos, cambios que experimenta progresivamente la microrregión por las acciones del proyecto); y un “después”, compatible con la evaluación *ex post* (“evaluación de impacto”) y con un informe final, en el que se da cuenta de la situación total de la microrregión después de la ejecución de todo el proyecto.

En medio de todos estos aspectos directamente implicados en el proceso del proyecto y afrontados por la investigación adjetivada como “aplicada” se dieron otros, especializados, de mayor rigor académico o técnico y que estuvieron orientados a la solución de problemas específicos, como las que señalan a continuación: el tratamiento casero de la sarna de alpacas (veterinaria), la conformación botánica de los pastos naturales (zootecnia), la producción de hortalizas en invernaderos (agronomía), el acopio y la comercialización asociativa de la fibra de alpacas (economía), la organización y la representación gremial altoandina (sociología), la violencia familiar (trabajo social), la educación bilingüe y la interculturalidad en la escuela (educación), la construcción de las identidades altoandinas (antropología).

En paralelo a estas investigaciones específicas se hizo otra que, con similar rigor y con una visión de conjunto, articulaba progresivamente todo conocimiento social y cultural conseguido durante el proyecto, y que, al final, se constituyó en el más acabado de sus resultados en materia de investigación, donde la dinámica y la situación del ámbito de trabajo es presentado como un proceso de reproducción y transformación de una unidad social de dimensión microrregional.

Lo que el proyecto hizo en cuanto a la investigación en general, no sólo socio-cultural, es valiosa muestra de que la realización de esta actividad académica y profesional, en condiciones de intervención, no demanda más requerimiento especial que la determinación de dos tipos de temas, uno de interés institucional y otro de interés mixto.

En el contexto de la intervención social, el primer tipo de tema es encarado de manera colectiva o grupal y por requerimientos de los programas, planes, proyectos y actividades de las instituciones (gubernamentales, ONG o empresas); y, el segundo, es encarado de manera individual por quienes trabajan en los programas, planes y actividades institucionales, con un interés institucional y/o personal (mixto). Los temas que pertenecen al segundo tipo, que tienden a ser cada vez más específicos, son demarcados dentro de los que corresponden al primero, que tienden a ser cada vez más generales. La disposición que ponen de manifiesto, más hacia la generalidad que a la especificidad, hace que los del primer tipo pier-

dan niveles de rigor interpretativo y explicativo; la razón de que no sean directamente identificados con la palabra “investigación”, sino con otros caracterológicamente menos precisas o ambiguas (“estudio”, “diagnóstico”, “línea de base”, “evaluación”, “seguimiento” o “monitoreo”), parece ser esta.

Es preciso señalar aquí que fue gracias al segundo de los dos tipos de temas de investigación que un número importante de los profesionales del proyecto pudo alcanzar grados y títulos tanto en la universidad como en los institutos técnicos de educación superior; algunas/os de las/os tesis/informes elaboradas/os con este propósito de interés personal, que devino de un propósito de interés colectivo e institucional, forman parte de la bibliografía de este texto. Además, en *Umalliq*¹⁸, revista de la ONG ejecutora del proyecto, aparecen distintos artículos publicados como avances de los trabajos de investigación que conjugan el interés personal con el interés institucional, en los que la autoría es de sus responsables directos, no de la fuente cooperante ni de la unidad ejecutiva.

Un aspecto de la investigación llevada a cabo durante el proyecto merece ser mostrado con especial interés. El de su carácter total (unitario, integral). Si la afirmación cultural a ser buscada en la microrregión Vinchos-Paras-Chuschi tenía que estar inscrito en el desarrollo, y si este proceso de cambio social deliberado y planificado tenía que estar, en virtud de la concepción teórica adoptada, centrado en los hombres, y no en los bienes o las cosas que producen, quiere decir que el componente de investigación del proyecto tenía al frente una realidad social formada históricamente, y, como tal, total. Una realidad social concebida de esta manera no permite que en los abordajes teóricos o prácticas que suscita se pueda prescindir de sus determinaciones. Las acciones de investigación (básicamente cognitivas) y las acciones de intervención o cambio (básicamente operativas) requieren estar siempre ubicados en perspectiva total. En la microrregión, hasta las opciones parciales de pensamiento y cambio planteadas tuvieron que ser justificadas en las interrelaciones sustantivas de su situación total.

18 En *runa simi*, a palabra *umalliq* quiere decir “el que encabeza”. Para el habitante de la microrregión *umalliq* es, entre los humanos, el líder, y, entre los animales, la llama puntera.

El carácter total de la investigación realizada en el campo de la promoción social, a la que cuando aborda temas relacionados a la sociedad y la cultura se suele asignar tímidamente la denominación de “investigación aplicada”¹⁹, se manifiesta de un modo diferente a aquel que pone en evidencia la investigación realizada en las universidades y los ONG dedicadas más enfáticamente a la investigación, a la que de modo franco e indistinto se denomina, “investigación académica”, “investigación básica” o “investigación teórica”. En la promoción social, el carácter total de la investigación tiende a ser primordial, debido a que es en sus términos que tienen que ser presentados sus resultados, y estos ya incorporados en las condiciones de vida de los individuos y las unidades sociales que compromete, como hecho en sí o como comportamiento. En cambio, en la investigación académica el carácter total depende de la forma cómo sus responsables conciben y problematizan el tema que eligen, y casi con plena libertad. A diferencia del anterior, en este caso los resultados oscilan entre ser medios y ser fines, y sin fuerzas que los obliguen de modo determinante a ser lo uno o lo otro.

En la investigación social inscrita en el desarrollo, el propósito final (fin) es de carácter total, tanto por las determinaciones de la realidad a la que está dirigida su proceso, como por éste, que lo hace posible. En el caso de la investigación categorizada como académica, la flexibilidad que tiene frente a la perspectiva total lo hace propenso a no definir en función de ésta, los medios y los fines, y a no considerar a estos últimos como inexorables puntos de culminación de su proceso. Prueba de ello parece ser la actitud renuente que casi siempre pone en evidencia cuando está de por medio la posibilidad de emprenderlos o reemprenderlos con cuotas de entrega y compromiso, cuando, en estas circunstancias, deja entrever solo el peso de los supuestos y no encuentra maneras de fijar indicadores y fuentes de verificación. Al contrario de lo que ocurre en esta investigación, en la anterior, hay un planteamiento taxativo de los fines (propósitos finales), una vez precisado el avance progresivo

19 Si es que no se la nombre con otra palabra o expresión disminuida. Cuando los temas son inherentes al campo de la biología o al conjunto de las llamadas “ciencias duras” no hay reparo que valga para no denominarla “investigación”, y sin el adjetivo de “aplicada”.



Vista de la Feria Dominical de Rumichaca II donde pastores altoandinos y comerciantes intercambian y comercializan sus productos (Foto: Román Robles).



Un grupo de *sallqa runa runa*, retorna del *Qichwariy*, con los productos intercambiados con agricultores de *la quichwa* en una tropa de llamas cargueras (Foto: Román Robles).

de los medios (propósitos parciales) con los que tienen que ser logradas. Los medios cuentan, pero no adquieren valor por sí mismos ni son concluyentes. Si la investigación en el campo del desarrollo es así, es porque están de por medio las condiciones de vida de la población a la que compromete, como manifestación real, no solo como fuente de conocimiento. Es así porque las condiciones de vida humana se definen en el nivel de los fines, como un todo y con resultados tangibles, no en los medios, por partes, ni en las probabilidades.

Si de señalar los rasgos de la “investigación básica” se trata, y para su diferenciación, no puede dejar de ser señalada la proclividad que tiene de convertirse en patrimonio de un privilegiado sector de personas e instituciones o de un determinado segmento de los productores de conocimiento, como también a individualizarse como proceso y a individualizar sus resultados. Esto, que en verdad es una serie de proclividades, repercute negativamente tanto en su propio proceso como en el de su par (del que algunos dicen que es su “opuesto y complementario”), la “investigación aplicada”. Una de las mayores repercusiones es la tendencia a creer que el “campo profesional” está desprovisto de procesos de investigación y que estos tienen que provenir únicamente del “campo académico”.

En el caso de los científicos sociales la persistencia de creencias como la señalada obedece a deficiencias que se arrastran desde la formación universitaria, donde el tema de la interacción entre “lo académico” y “lo profesional” sigue siendo todavía un problema irresuelto; las soluciones que ensaya, si bien diseñadas epistémicamente, no constituyen aún consensos que guían la interacción por una u otra de sus dos entradas. Se sigue manteniendo la idea de que lo “académico”, dando curso a la investigación y a la formación, puede acontecer sin lo “profesional”, dando curso solo a la promoción o intervención o, también, a la inversa. La persistencia de este tipo de ideas hace que experiencias investigativas como las del proyecto no susciten un interés mayor de lo que regularmente se brinda a las anécdotas de trabajo. Que un trabajo de investigación surgido por demanda de la promoción social, y para sus fines, pueda llegar a adquirir niveles de rigor académico equiparables con aquellos que preconizan los textos de metodología de investigación de la formación universitaria no alcanza todavía a ser asunto de agenda científica.

Las universidades siguen desconociendo todavía que los procesos de intervención social, en medio de sus limitaciones e inevitables compromisos y riesgos, cumplen con fijar, como parte de la racionalidad que siguen, un conjunto de importantes retos académicos, y que estos se desvanecen por razones que, en última instancia, no son más que la iniciativa y la voluntad de asumirlos. Esta evasión académica es imputable a la forma cómo las universidades encaran la formación de los nuevos profesionales, para los que la incursión en el campo de la intervención social es inevitable. Cuando acontece en el marco de la formación de los nuevos antropólogos, son muchas y valiosas las oportunidades que se pierden para la redefinición metodológica y la construcción teórica, y desde la misma vivencia humana, a la que solo por soberbia se puede considerar ajena.

Una deficiencia de los científicos sociales que trabajan en el campo de la promoción social, atribuible a la formación universitaria y que se manifiesta como una tendencia muy arraigada, es la de privilegiar las permanencias en perjuicio de los cambios, cuando son estos últimos, justamente, los que más los induce a pensar sustantivamente. Una temprana actitud de ruptura frente a los principios heredados del pasado, de haber sido hecho, los estaría presentando en la vida profesional dispuestos a hacer una auspiciosa interpretación y explicación del cambio social.

Según el avance teórico actual, no hay mejor manera de entender el cambio social que como un proceso de reproducción y transformación. La mención de estas sus dos dimensiones puede resultar, para unos, controvertida y, para otros, una manera de entender el sentido que se espera tengan. Si las reacciones no coinciden, puede ser que se deba a que son distintas las posiciones desde las cuales se las ausculta. Si se hace desde la esfera teórico-académica y con énfasis en los elementos ontológicos y epistemológicos, se dará, posiblemente, el primer caso; y si se hace desde la esfera práctico-profesional y con énfasis en los elementos metodológicos y operativos, se dará el segundo. De ser controvertida la reacción, se pensará que se los separa indebidamente, por ser partes de un proceso social único y a sabiendas que ninguno adquiere sentido por sí mismo, sino en relación con el otro. Y, de ser una manera de entender el sentido que debe tener, se pensará que, al separarlos analíticamente y al mencionarlos como que uno no reduce

al otro, se está evitando a que se pretenda negar algo que es fundamental e ineludible entre ambos: la relación y la dependencia mutua.

Que el cambio social preconizado por el proyecto haya tenido que ser entendido de las dos maneras ha resultado ser, a no dudar, ventajosa, porque en ambas, al margen de sus matices, se puede encontrar una misma intención respecto a los estudios sociales del área andina, y muy especialmente respecto a su espacio altoandino: superar la tendencia a privilegiar la descripción de los elementos que tienen sus unidades sociales, en desmedro de la interpretación y la explicación de las relaciones que mantienen y los procesos que siguen, una tendencia que se da por incuestionable cuando la idea que se tiene de tales unidades sociales es que solo se reproducen, que no se transforman.

Pretender definir la realidad social por sus elementos y no por sus relaciones, es un desacierto que siempre ha existido en las ciencias sociales. Como tendencia acompaña gran parte de su historia, y, en los últimos años, son tales sus repercusiones que superarlas constituye el reto mayor de sus disciplinas y principales corrientes de pensamiento.

Por el estado actual de los trabajos de investigación social realizados en el espacio alto-andino, y mucho más por sus antecedentes, no puede descartarse la posibilidad de que puedan surgir criterios en los que, por el tipo de unidades sociales que incorpora, las ideas fundamentales de la moderna teoría social puedan ser consideradas, por excesivas, inaparentes; y lo sería mucho más si, dando continuidad a una casi habitual tendencia, se esperara encontrar en esas unidades solo lo exótico pormenorizado. Si la investigación procesada en el proyecto mostró apego por las ideas de la moderna teoría social es por la “inesperada” posibilidad que ofrecen de entender los aspectos decisivos de sus unidades sociales a través de la cotidianidad de sus miembros.

Ira Cohen al caracterizar la teoría de la estructuración de Anthony Giddens asegura que sus “problemas más fundamentales” son sus problemas “más familiares” (1996: 1). ¿Por qué, entonces, podría haber prescindido de esta idea si lo que tenía al frente eran unidades sociales sobrecargadas de familiaridad, situación que se la presentaba desde ya auspiciosa? Por grandes que sean, histórica y estructuralmen-

te, las interrogantes que se hacen alrededor de las unidades sociales altoandinas sus respuestas pueden estar también en la manera cómo sus miembros se conducen frente a las exigencias de una cotidianidad múltiple que se manifiesta familiar o socialmente, individual o colectivamente, interna o externamente, objetiva o subjetivamente, local o globalmente.

La idea de que las unidades sociales altoandinas solo se reproducen y no se transforman, no proviene sólo de los que satisfacen sus demandas de conocimiento apelando al sentido común, sino también de los que manifiestan conocerlas con mayor o menor apego a la ciencia y, por lo que en términos de poder, este mérito autoatribuido representa para la promoción social: potestad para determinar y disponer las pautas de cómo deben ser cambiadas o intervenidas. Ni en los legos ni en los entendidos (eruditos) la idea es planteada directamente; en los primeros, son los actos de convivencia, cotidianos o especiales —estos últimos con marcado ritualismo—, los que la dejan entrever; y, en los segundos, son los enfoques académico o profesionalmente adoptados los que las dejan deslizar. Pero, ni en legos ni en entendidos la permanencia tiene un carácter absoluto. En los legos, no siendo captado como una condición inexorable, es asumida como un anhelo que en algún momento se cumplirá y les permitirá ingresar a una situación distinta y de bienestar, dando a entender que esta condición no les es ajena, en tanto ya fue disfrutada por sus antepasados y por algunos de ellos mismos, los de mayor edad, en el pasado. En los entendidos, en cambio, sin ser un anhelo, es una posibilidad que al manifestarse internamente es automáticamente bloqueada por la tradición, a menos que sea favorecida por fuerzas externas; y, entre los entendidos que dan opción preferente a los aspectos socioculturales hay hasta un sentimiento de beneplácito porque todo permanezca igual, puesto que lo que más les interesa es dar cuenta de lo que persiste, poniendo el tiempo al margen, vale decir, de lo que es esencia.

La crisis epistemológica de la antropología, como en el conjunto de las ciencias sociales con las que comparte unidad, viene siendo señalada desde hace mucho tiempo y con una obstinada reiteración. Los problemas que acarrea se expresan en todas las demarcaciones de su dominio. En lo que es el campo de la intervención social (cambio social deliberado y planificado), los problemas que más restricciones

ocasiona son los advertidos a través de estas dos dicotomías: entre lo básico (teórico) y lo aplicada (práctico), por una parte, y entre lo académico (investigativo) y lo profesional (promotor o interventor), por otra. Una visión de los proyectos de intervención social impregnada por estas dicotomías hace que la investigación, si bien admitida como necesaria, siga siendo asumida como una tarea externa a su proceso.

Los proyectos de intervención social siguen siendo formulados, ejecutados, supervisados y evaluados sin más conocimiento sistematizado que el que contienen los llamados “estudios situacionales” o “diagnósticos”, en los que los hechos que se describen son juzgados a priori, problemáticos por el conocimiento “entendido”, “especializado” o “experto”, sin interpretación de lenguajes, significados, causas, relaciones ni tendencias que provengan de aquellos que, por un reparto vertical de responsabilidades, les corresponde ser simplemente “objetos de intervención”. No hay en la actualidad trabajos etnográficos inscritos en el mismo procesamiento de los proyectos de desarrollo, como aquellos que hubo en los años setenta basados en los postulados de Paulo Freire, Iván Illich, Orlando Fals Borda (Escobar 1999: 36). y otros, y con aplicación de métodos como los de “investigación participativa”, la “investigación-acción” y “educación popular”. Tampoco hay una antropología capaz de recuperar y consolidar experiencias como las que se recuerdan. Se percibe, por el contrario, una tendencia a ubicarlos en los lugares menos visibles, hasta desdeñables, del panorama antropológico, y haciendo algo de cuerpo con la llamada “antropología aplicada”. A falta de etnografía, la teoría, en vez de ser producida, es ensamblada, con insuficiente “información empírica” conseguida como “auto-partes” en las “memorias” de los certámenes que, convocando tanto a “legos representativos y con opinión” como a académicos, son realizados para evadir ese “rito de pasaje mecánico” o “rito de iniciación” llamado “trabajo de campo” que Josep Llobera (1999: 13) y Carlos Degregori (2000: 49) adscriben —por asumirlos más, seguramente— a los jóvenes y a los que investigan el folklore, respectivamente. Para el ensamblaje teórico sirven también —eso sí, y de qué manera— los documentos de trabajo y los informes de los proyectos

de desarrollo, para los que la crítica de los que se consideran “académicamente más competentes” no deja de ser implacable e incesante.

Nada es más urgente hoy, en las ciencias sociales, que la búsqueda de la integración entre la intervención y la investigación, un reto para el que se requiere reconocer que el primer campo tiene un alto componente etnográfico y, por eso, una inmejorable fuerza mediadora entre las dimensiones interpretativa y explicativa, y entre marcos de significación culturalmente distintos. La investigación procesada en el proyecto ha sentido desde un comienzo tentado a dejarse llevar por las insinuaciones de este reto y al permitirlo ha encontrado que no siempre lo que es tomado con un sentido práctico tiene un fácil abordaje, por sus múltiples implicancias y porque algunas de estas, exigen ser auscultadas con ciertos niveles de especialización, sin que el argumento de “no ingresar a terreno ajeno” sea válido para no entenderlas.

Ingresar a la antropología por lo aplicado o lo aplicable, como prefiere decirse en España, o enfatizarlo simplemente, implica considerar crucialmente importante la relación interpretación-explicación, conocida por los sociólogos como “doble hermenéutica” (Giddens 2001: 194) y que en la visión antropológica de Teresa San Román es el proceso de comprensión que se cumple en la primera fase del trabajo de campo. La importancia de la interpretación-explicación resulta ser crucial, lógica y metodológicamente, cuando no se cae en el error de dividirla y de buscar por los extremos una explicación unilateral, sobrevalorando la configuración dual de sus elementos.

Si la sociología “se ocupa de un universo que ya está constituido dentro de marcos de significado por los actores sociales mismos, y los reinterpreta dentro de sus propios esquemas teóricos, mediante el lenguaje corriente y técnico” (Giddens 2001: 194) y que, en este quehacer disciplinario, el tratamiento metodológico que ofrece es el que está basado en la doble hermenéutica, lo que por iguales razones le corresponde realizar a la antropología no debería ser menos; y, si en la identidad que se le adscribe no hay nada más gravitante que el valor que se le da la etnografía, mayores resultan ser las razones. No hay por qué no dar por cierto el punto de vista que tiene Teresa

San Román sobre el trabajo de campo que se hace en la antropología, en el sentido de que su primera fase es siempre un tratamiento de doble hermenéutica, un proceso de comprensión o, dicho en otros términos, una entrada para la familiarización con lo que se considera el “Otro” culturalmente. A la antropología se le estaría adjudicando, entonces, y en un contexto transcultural, el privilegio de contar con el medio más eficaz y más permanente para la construcción teórica y, por consiguiente, para la acción más certeramente esclarecida. Así, su potencialidad para afirmarse como disciplina, y en los espacios en los que las ciencias sociales más comparten con las humanidades, es enorme, y, en ella, la que tiene para su actuación en el campo de la intervención social, fuera de la que corresponde a la investigación, cuya adjudicación casi siempre suele ser de hecho. Sin embargo, la experiencia indica que aquellos que se encargan de la llamada “antropología aplicada”, o las que existen frente a esta, como alternativa, la vienen desaprovechando con una casi inalterada persistencia.

Desde la antropología, Aurora González Echevarría considera que es inadecuado distinguir la “explicación teórica” de la “explicación interpretativa”, de igual manera la “teoría explicativa” de la “teoría interpretativa”, y que la persistencia en alguna de estas distinciones supone la admisión de la división entre antropología emic, visión que los propios actores tienen de su cultura, y antropología etic, visión de la cultura de los actores por parte de los observadores (González Echevarría 2002: 4).²⁰ Para superar esta oposición, a la que califica de “decimonónica”, sugiere entenderla como un proceso de comprensión, como esos esfuerzos que se desencadenan en el trabajo de campo, y en su primera fase, para la familiarización intercultural. De este modo, la comprensión disolvería simétricamente la división y oposición en cuestión, porque en el lado de la explicación estaría implícita la interpretación, y, en el lado de la interpretación, la explicación (teoría). La interpretación implicaría la explicación porque, al abordar significados, tiene que identificar no solo motivos y razones, sino también procesos, estructuras y situaciones

de contexto. Una vez conseguida una situación como la que se describe, señala la autora, se habrá logrado tener un conocimiento profundo de una cultura, vale decir, su descripción densa.

Considera también González Echevarría que en el proceso de construcción teórica, la interpretación debe formular hipótesis y ponerlas a prueba, precisando antes lo que entiende por metodología y ciencia: lógica de investigación y conocimiento que se autocorriga, respectivamente. En su punto de vista, la interpretación tiene que ser científica, categóricamente, tal cual es la teoría. Siendo así, la interpretación tendría la capacidad de diseñar “sus propios procedimientos de autocorrección”.

Concebir la interpretación y la explicación unificadas por la comprensión lleva, según González Echevarría, a entender qué es este nexo, y en proceso, el que configura en gran parte las etnografías, y mucho más si se las considera, como a las teorías, predicados de estructura, es decir, como formas de entender y contextualizar las representaciones simbólicas y los comportamientos. En las etnografías, las relaciones (conexiones) entre los fenómenos socioculturales son diversas, no siempre causales; y, entre las influencias que reciben están también las de las homologías, oposiciones y complementariedades. Para dar cuenta de tales manifestaciones, las etnografías no pueden prescindir de la teoría, ni al interpretar ni al explicar.

La posibilidad de que la intervención, el más importante campo de aplicación de las ciencias sociales, pueda basarse en este modo de concebir, admitir y procesar la investigación es todavía remota, pero es así como se la tiene que ir repensando o “impensando” (Wallerstein 1991: 2), por lo menos, en perspectiva, si hay una saludable intención de no mantenerlo en su actual situación. Un propósito fijado en estos términos pasa por concebir la intervención social como un proceso de incesante interacción entre la investigación y la acción y con generación de condiciones de interaprendizaje entre actores y actores, actores y agentes y agentes y agentes; y, segundo, por admitir que es permanente, y que el “antes”, “durante” y “después” en relación con ella funciona cuando solo se trata de enfatizarla.

En la investigación social procesada como parte del proyecto se alternaron trabajos de campo y de aquel

20 Los aspectos epistemológicos y metodológicos que, respecto a la antropología, ha desarrollado González Echevarría han sido dado a conocer en esta publicación de circulación restringida. Posteriormente, y para ampliar, profundizar y clarificar los mismos aspectos, ha publicado un libro (2003) y artículo (2006). Las ideas que en relación a la autora se exponen en este texto están inspiradas en la primera fuente.

que en la antropología se considera que es “de gabinete”. Para la sincronización de los dos tipos de trabajo el tener que supeditarlos a la lógica de la intervención en sí resultó ser la mejor manera de conseguirlo. La información, tanto primaria como secundaria, a la que se tuvo acceso era objeto de deliberación en los encuentros de interaprendizaje (encuentros) y reuniones de reflexión (reuniones) realizados en las localidades y las otras unidades sociales menores, en concordancia con los planes de trabajo del proyecto mensual, trimestral, semestral y anualmente formulados. En los encuentros y las reuniones, la información obtenida era sometida a una especie de contrastación y validación, en tanto el propósito era confirmarla, negarla o cambiarla. Lo importante, luego de este tamiz fue la formulación de hipótesis interpretativas y explicativas, para las que eran muchos y distintos los pareceres, por las distinciones impuestas por la participación, a todas luces heterogénea: género, generaciones, niveles de instrucción, experiencia migratoria, filiación religiosa, identidad étnica.

En un comienzo, el campo fue simplemente visitado y con un estilo de trabajo inadecuado: cuestionarios previa y puntillosamente elaborados y a partir del conocimiento “erudito”, y a ser aplicados a toda persona y grupo que se mostrase dispuesto a dar atención, tiempo y conocimiento. Fue un estilo de trabajo que al final resultó ser un simple acto de búsqueda de datos, los que, una vez conseguidos y convertidos en promedio, servían para confirmar las hipótesis, más que para negar o cambiarlas. Al formular las hipótesis iniciales, externas, explicativas y cargadas de etnocentrismo, no se consideró la posibilidad de que puedan ser sometidas al veredicto de los propios actores, menos de que sean estos los que las puedan negar o cambiar, en razón de los hechos o fenómenos que los compromete directamente.

Cuando, en la investigación del proyecto, los propósitos promocionales se aunaron realmente con los propósitos académicos, el campo ya no era un lugar de visita, sino un espacio de permanencia. Desde entonces sus distintas unidades sociales de la microrregión se convirtieron en espacios de inmersión etnográfica, en los que se tenía que permanecer rotativamente. Se intensificaron los encuentros y las reuniones. Tratos horizontales con marcada inclusión étnica y cultural hicieron que en los encuentros

y las reuniones se construyeran y se dieran a conocer libremente los discursos, tanto entre los actores como entre estos y los agentes externos. Los discursos de los actores, como personas o como representantes de unidades sociales, se procesaron en marcos de significado propios y se dieron a conocer en el idioma que mejor preserva el sentido de los mensajes. Frente al lego, el discurso “erudito” fue presentado, con un especial cuidado por evitar la verticalidad, para el interaprendizaje, la adecuación y la corrección libremente asumida, no para la enseñanza. En la secuencia de encuentros y reuniones las descripciones, interpretaciones y explicaciones tomaron cuerpo con los aportes tanto de legos como de expertos.

Las técnicas empleadas en el de campo, fueron múltiples; a todas se les dio un uso flexible, y tratando de que no resulten arbitrarios. En los encuentros de interaprendizaje fueron explicadas las razones de por qué los agentes externos u observadores, al relacionarse con los actores, obran de una determinada manera; hubo casos en que los actores, al conocerlos y entenderlos, llegaron a sugerir cuales técnicas serían las más convenientes en algunos lugares o en uno u otro caso. Hubo también actores que se ofrecían voluntariamente a mantener entrevistas y a generar situaciones ad-hoc para la observación participante, como el de ofrecerse a realizar actividades festivas fuera de su momento, por ejemplo.

En el trabajo de campo no faltó la observación participante por su laxitud, espontaneidad y sus ventajas para la empatía; además, porque permitió contrastar lo que los actores hacen con lo que dicen que hacen y con lo que se ve que hacen. Más que entrevistas se hicieron conversaciones en el ámbito de la observación participante. La conversación, a diferencia de lo que para los manuales de investigación es la entrevista, permitió “decirse las cosas en confianza”, sin presiones de ningún tipo y con mínimas limitaciones de tiempo; el compartir vivencias hizo que estas cualidades de la comunicación “cara a cara” pudieran aflorar cuantas veces se las esperaba. En la conversación no fueron solo los actores los que dieron cuenta de sus deseos, intereses y pensamientos, sino también los agentes externos; así, la posibilidad del acceso a la intimidad, por ser en uno y otro sentido, no exigió invocar la discreción.

La diferencia entre los encuentros de interaprendizaje y las reuniones de reflexión obedece a que los primeros fueron planificados, tratados pedagógicamente y llevados a cabo para dar respuesta a los requerimientos educativos de largo alcance; y, a que los segundos, en cambio, si bien previamente fijadas en el tiempo, fueron informales y ágiles y realizados para dar respuesta a las exigencias educativas de coyuntura, tratando de sopesar sus fluctuaciones en cada momento y en cada contexto, microregional, regional o nacional. Los primeros tendían más a lo técnico y los segundos, por movilizadoras, a lo social y político.

Tomar como unidad básica de observación y análisis una unidad doméstica y como ámbito de trabajo un espacio microregional altoandino son dos determinaciones de las que mucho ha dependido la adecuación teórica de la investigación procesada en el proyecto. Para una unidad doméstica altoandina, una microrregión es apenas una de las distintas esferas de ese casi infinito ambiente social que la contextualiza y que hoy encuentra en el fenómeno de la globalización su máxima y controvertida expresión, pero es la que mejor y más nítidamente define sus contornos.

En una microrregión Vinchos-Paras-Chuschi, la unidad doméstica es la primera instancia de organización y decisión social —es decir, una unidad social— que en una proyección concéntrica define la vida de sus habitantes. Sean cercanos o lejanos los emplazamientos de sus unidades sociales, en ninguna de ellas, mucho menos en la unidad doméstica, la vida material de sus integrantes depende sólo de los recursos y medios internos, por más agregación que se haga, en virtud de la cooperación y la reciprocidad, los de las unidades sociales concéntricamente próximas. Las necesidades materiales de sus unidades sociales son muchas y variadas, y es cada vez menos la posibilidad de que para satisfacerlas sean suficientes los recursos y medios propios y cercanos, fuera de que estos, además de ser escasos, pueden estar deficientemente aprovechados. Por sus carencias materiales, principalmente, es que la migración distribuye a sus habitantes en pueblos, ciudades y continentes cada vez más lejanos.

Así, detrás de su aparente simpleza geodemográfica, la microrregión Vinchos-Paras-Chuschi aguardó

para la investigación social inscrita en el proyecto una situación, histórica y estructuralmente, muy difícil de desentrañar. Las investigaciones sociales realizadas en otras regiones del país, y en situaciones similares, han tenido y tienen entre sus dificultades, además de las atribuidas a sí mismas, otras e inherentes a los medios de aproximación teórica de las que se sirven. Por lo general, la teoría utilizada es de procedencia antropológica, principalmente, por lo que es casi obvio pensar que esas investigaciones están reducidas a la llamada “comunidad campesina”, por la creencia de que transparenta toda la formación social andina. La larga y “amorosa historia” de la antropología con la “comunidad campesina” ha generado un cuerpo teórico sobre la formación social andina en el que, juzgado con criterios actuales, son más las dudas que los aciertos, y desde el momento en el que para determinar su aspecto central —vale decir, la “comunidad campesina”— ha puesto por delante aquello que se juzga predominante. Los criterios actuales sobre ese amplio y singular escenario dominado por los Andes indican que, más allá de lo evidente y por la incesante capacidad de pensar y actuar de sus habientes, conlleva múltiples y complejas determinaciones e interacciones.

V. BIBLIOGRAFÍA

- ARCHER, Margaret S. (1997). *Cultura y teoría social*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.
- BOURDIEU, Pierre (1999) *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona, EDITORIAL ANAGRAMA.
- BASTIDE, Roger (1971) *Antropología aplicada* Buenos Aires, Amorrortu editores.
- COHEN, Ira (1996). *Teoría de la estructuración. Anthony Giddens y la constitución de la vida social*. México, U. A. Metropolitana.
- DEGREGORI, Carlos Iván. “Panorama de la antropología en el Perú: del estudio del Otro a la construcción de un Nosotros diverso”.
- En DEGREGORI, (2000) Carlos Iván (editor), *No hay país más diverso. Compendio de antropología peruana*, 20-73 pp. Lima, IEP.
- ESCOBAR, Arturo (1999). *El final del salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*. Santafé de Bogotá, CEREC – ICAN.

GIDDENS, Anthony (2001). *La nuevas reglas del método sociológico. Crítica positiva de las sociologías comprensivas*. Buenos Aires, Amorrortu editores.

GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Aurora (2006). “Epistemología y métodos en Antropología: integración de métodos científicos y hermenéuticos y crítica epistemológica”. En *Revista de Antropología*, Cuarta Época, Año IV, N° 4, pp. 11-40. Lima, UNMSM-FCCSS-EAPAN.

GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Aurora (2003) *Crítica de la singularidad cultural*. México, Anthropos – Universidad Autónoma Metropolitana.

GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Aurora (2002). *La condición hermenéutica del conocimiento, los procedimientos interpretativos y las teorías antropológicas. Propuesta de clarificación*. Barcelona, UAB, Programa de Doctorado de Antropología Social (circulación interna).

LLOBERA, Joseph R. (1999). *La identidad de la antropología*. Barcelona, Editorial Anagrama.

MAYER, Enrique (1989). “Zonas de producción”. En MAYER, Enrique y Marisol DE LA CADENA, *Cooperación y conflicto en la comunidad andina–*

Zonas de producción y organización social, 11-73-Lima, IEP.

MAX NEEF, Manfred, Antonio ELIZALDE, Martín HOPENHAYN y otros. (1999) “Desarrollo a escala humana. Una opción para el futuro”.

En: SERRATO, Vladimir (compilador), *Economía de solidaridad y cosmivisión indígena*, pp. 67-98. Quito, Ediciones ABYA-YALA.

OSSIO ACUÑA, Juan M. (1992). *Parentesco, reciprocidad y jerarquía en los Andes. Una aproximación a la organización social de la comunidad de Andamarca*. Lima, PUCP, Fondo Editorial 1992.

PEREIRA, Lewis (2007). “Roger Bastide y los límites de la antropología aplicada tradicional”. En: *Boletín Antropológico*, N° 69, pp. 29-56. Mérida, Venezuela, Universidad de los Andes.

RITZER, George (1993). *Teoría sociológica contemporánea*. México, McGRAW-HILL.

WALLERSTEIN, Immanuel (1999). *Impensar las ciencias sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos*. México, Siglo veintiuno editores.